

# el gato negro

DON RAMÓN DEL VALLE INCLÁN

*Barbas de viejo león,  
pluma que es daga y es mazo.  
A este sin par Don Ramón,  
lo que le falta de brazo,  
le sobra de corazón.*

20  
ets





# NIKOLA

EL PAPEL DE FUMAR ESPAÑOL



DE VENTA EN TODAS PARTES

## Muebles REX



Instalación rápida de oficinas

Pidan presupuestos



Despachos  
Clasificadores - Ficheros  
Tapicería



Grandes existencias  
La casa más antigua de Madrid  
Telefono 18657

LA MEJOR MÁQUINA DE ESCRIBIR



# Smith Premier

Máquinas de escribir

OFICINA - VIAJE - CONTABILIDAD CATALOGOS Y DEMOSTRACIONES GRATIS  
CALCULADORAS MARCHANT

## A. Periquet y C.<sup>a</sup>

Piamonte, 23  
Caballero de Gracia, 14  
MADRID

OCASION

Máquinas procedentes de cambios, desde 75 pesetas, y a plazos, de 25 pesetas mes

TOS

GATARROS

BRONQUITIS

GRIP

Precio: 4,25 pesetas.



PARA ANUNCIOS EN ESTE PERIÓDICO, DIRÍJANSE A NUESTRA ADMÓN: PRECIADOS, 17, TELÉF. 17.066



SEMENARIO FESTIVO ILUSTRADO

## LO DE CAJÓN

*Enviamos un afectuoso saludo al público en general, a la Prensa y a nuestros corresponsales y vendedores.*

*A todos les deseamos muchos años de vida próspera y feliz, como nosotros la esperamos.*

## LOS CONFIDENTES



EXISTEN seres que necesitan hacer confidencias a todo el mundo. Su boca es manantial inagotable de tonterías, y por ella barbotan palabrería pueril de ambiciones, de vanidades, de lascivia, de intimidades domésticas. Y hay que de-

jarles hablar, porque es inútil oponerse a su verborrea, so pena de echar a correr o pegarles un puñetezo para que callen mientras se quejan y se defienden.

Todos los hombres tienen algo insustancial que referir, algo que estiman trascendental y necesario contar, y buscan un confidente benévolo que les escuche, porque necesitan la aquiescencia de los demás para todos los actos de su vida, y con encantadora ingenuidad nos hacen confesores de sus tonterías.

Los hay locuaces que hablan sin cesar. Éstos son los menos temibles, porque ellos se lo dicen todo, y porque cuando termina el chorro de su palique, se van. Los

hay preguntones. Estos son los pesados, porque a cada paso nos colocan un ¿qué le parece?, ¿qué hubiera usted hecho en mi lugar?, ¿cuál es su opinión? Y esto es siempre molesto, porque obligan a fijarse en la conversación.

Caminamos tranquilamente un día de buen sol, huyendo del mundanal ruido, y se nos acerca uno de estos individuos que nos dice:

—¿No sabe usted lo que me pasa? Pues me parece que mi mujer me engaña. La he visto con uno del brazo en la calle de la Aduana. ¿Usted qué haría? Yo no sé qué resolución tomar. A veces pienso matarla, después reflexiono y creo que lo mejor es abandonarla. Como usted es un buen amigo, quiero que me aconseje, porque puede ser inocente.

Y quieras que no, hemos de darle un consejo, que no sigue el infeliz predestinado.

Otro día es otro que viene con aire de pillín y no sabe como decirnos que tiene una conquista.

¡Caramba—dice—, qué raras son las mujeres! Si uno no tuviera la experiencia que tiene, sería cosa de volverse loco. Mire usted, he conocido a una mujer que me tiene preocupado. La vi con uno, la seguí, se metió en un café, la convidé, aceptó, hablamos, la acompañé a su casa. He vuelto a verla, me pidió diez duros, se los di, me invitó a su casa, allí hablamos de todo, porque es muy instruída y viste muy bien; hay que ver la ropa interior que lleva. Sabe el francés, toca el piano, se lava los pies. Se ha resistido a mis pretensiones, y yo, la verdad, no sé que pensar de ella. ¿Usted qué opina?

—¿Yo? Pues que es una golfa.

—¡Hombre, por Dios! Es usted muy crudo. ¡Una golfa!

—Pues será la princesa Luisa de Sajonia, que se ha enamorado de usted en secreto.

A veces estos hombres nos dicen cosas insólitas, estupendas, absurdas, que merecen réplica rotunda. Pero yo siempre sonrío. ¿A qué discutir? Si los venciera, me odiarían; si me vencen, pierdo su estimación; y ¡es tan agradable la estimación de las personas vulgares! Ellas se hacen heraldo de nuestro talento, que suponen; y su vacuidad halla siempre una frase amable para adornarnos, porque agradecen nuestra bondad, y en cambio son rencorosos y crueles en sus odios y antipatías.

Por eso yo escucho siempre atentamente a estos confidentes; tengo un gesto amable y una sonrisa benévola para todo lo que me dicen, jamás contradigo a mi interlocutor, y esto forma en torno mío un ambiente de simpatía encantador.

Y siendo un poco observador, éstas confidencias, aparentemente nimias e impertinentes, sirven para estudiar la fauna humana, porque éstos que así hablan vacían el saco de sus debilidades y sabemos lo que llevan dentro con un poco de paciencia.

Y no hay mejor libro que la Humanidad para estudiar la vida.

Vicente PÉREZ PASCUAL.

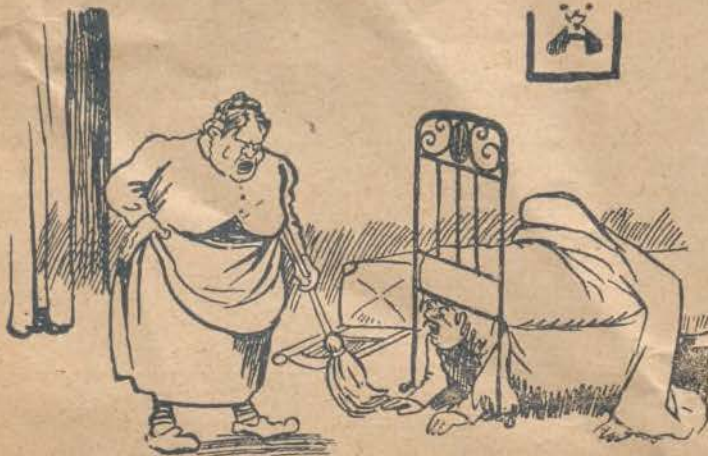
*Desde el próximo número inauguraremos una sección de CORRESPONDENCIA PARTICULAR, en la que contestaremos a los colaboradores espontáneos que nos envíen artículos, poesías o dibujos para su publicación.*





### EN EL TEATRO, por URDA

- Sin pagar no pueden entrar los nenes.
- ¿Cómo? ¿No se ha fijado que son gemelos?
- ¿Y qué?
- Que nunca he pagado por llevar gemelos al teatro.



- No me da la gana de salir, se acabó. ¡Para eso soy el amo de mi casa!



### EL MININO DE LA VIEJA

Entre la vieja de enfrente de mi casa y la de al lado hubo el domingo pasado la conversación siguiente:  
 - ¡Ay, hija, no me hable usted de gatos donde está el mío! Me lo regaló mi tío y le quise y le querré, porque el bicho es un primor, y tras de largo trajín ya lleva diez años sin salir de mi tocador.  
 - ¿De dónde es? Y usted dispense. ¿Es de Angora?

- Sí, señora. Digo, no es del mismo Angora, pero es de al lado: es de Orense. Siempre al mentarle le alabo, pues no hay un gato más rico. ¡Qué ángel tiene en el hocico, y qué expresión en el rabo! Si a oscuras le frotan bien, echa chispas.

- No me choca; porque a mí nadie me toca y suelo echarlas también. Pronto aprendió, ¡qué monín!, a ir al cajón de rondón, Por cierto que al tal cajón se le ha acabado el serrín.  
 - ¿Tendrá la terrible maña de arañar?

- No; ve a la gente, y el pobre, precisamente a nadie muerde ni araña. ¡Y tiene el pelo más fino...! Un pelo igual no se ve.  
 - ¿Y de qué le sirve a usted? ¿Caza mucho ese minino?  
 - Dejé limpios los rincones cuando a mi casa llegó; pero hace tiempo que no se ocupa de los ratones.  
 - ¿Y qué hace el gato llegada su fiebre?...

- ¿A principios de año? Pues... nada.

- ¿Dónde, en un baño?  
 - No; digo que no hace nada. Llegó el minino, y Donato, el chico de una vecina, nos ofreció su minina para esposa de mi gato. Quise de ellos prole nueva y no se portaron mal.

—Y hoy ¿qué come el animal, cordilla?

—¡Ca! Ni la prueba. No crea usted que es mentira.

—Pues deseo verle ya; porque no sabe usted la curiosidad que me inspira.

Ayer mismo, desde aquí le vi que estuvo una hora mayando.

—¿Cómo, señora, ¿mayando el minino?

—Sí.  
—¿Ayer?

### EL GATO NEGRO

—Sí tal.

—¡No, por Dios! ¿Cómo pudo haber mayado, si le tengo disecado desde el año ochenta y dos?

Juan PÉREZ ZÚÑIGA

## NICANORA Y BASILISA, O DOS MUJERES SIN PRISA CONVERSACIÓN INTERESANTE Y ETERNA



(Dibujo de J. Tellechea.)

## LAS MUJERES Y LOS ARTISTAS



No cabe duda: las mujeres buscan la sociedad de los artistas.

De aquí que las aventuras galantes de estos hijos favoritos de Apolo y de Venus se cuenten por docenas; aventuras extrañas, en las cuales ellos casi siempre representaron un papel secundario y pasivo, y que reflejan perfectamente el espíritu fantaseador y quimerista de la mujer.

Un tenor amigo mío, que ha cantado varias veces en el teatro de la Ópera, y cuyo nombre callaré por ser sobradamente conocido, me ha contado un lance que le ocurrió en París, y que es de una encantadora originalidad.

Aquella noche, momentos antes de empezar la función, mi amigo recibió un billete perfumado que decía: «Carlos, fíjese usted en el palco proscenio número... Entre las señoras que lo ocupan, la que lleve en la mano un ramo de camelias desea hablar con usted...—Lulú.»

Se representa *La africana*; Carlos, animado por las sonrisas de su admiradora, que era joven y muy hermosa, estuvo más inspirado que otras noches, y en el dúo, cuando dijo aquello de:

¡Oh, mia Selika,  
yo t'adoro!...

el público, entusiasmado, le tributó una ovación delirante.

Terminado el último acto, mi amigo recibió de manos de un espolique una cartita que decía:

«Le espero a usted esta noche en mi hotel, calle de..., número... Estaremos solos. Únicamente le ruego que no deje de traer el traje que viste en la función de esta noche.»

A Carlos, que es hombre avezado a tales trances, no le extrañó el capricho que su gentil admiradora le imponía, y, sin perder momento, echóse sobre el pintoresco traje de Vasco de Gama un largo gabán de pieles, y tomó un coche, que en menos de diez minutos le condujo a casa de Lulú. La puerta de la calle estaba entornada; Carlos atravesó el zaguán, subió la escalera, y en el rellano del piso principal encontró una criadita que le condujo a las habitaciones de Lulú. Ésta, al ver entrar al tenor, se puso de pie.

—Perdone usted mi atrevimiento, Carlos—dijo—, y la molestia que haya podido causarle obligándole a venir hasta aquí.

—Absolutamente ninguna, señora mía; los artistas pertenecemos al público, no tenemos otra misión que la de divertirle, y cuando alguna mujer discreta y hermosa como usted tiene la clemencia de dispensarnos admiración y de otorgarnos su intimidad, nosotros somos los honrados.

Diciendo esto se quitó el gabán, quedando convertido en el propio Vasco de Gama. Lulú se había sentado en un diván, afectando una actitud indolente.

—Ha hecho usted muy bien en venir así—dijo—: con ese traje está usted encantador...

Continuaron hablando de arte y de amor, sobre todo de amor, y, tras de algunas parrafadas de brillante oratoria, Carlos intentó una súplica definitiva.

—Sí, estoy a merced suya—repuso Lulú—; pero le ruego que cante en mi honor el dúo de *La africana*: así hablándome como un adorador cualquiera, tal vez me defendiese; pero si canta usted, mi orgullo de mujer no sabría resistir...

Y Carlos, ¡naturalmente!, cantó, y cantó creyendo que jamás su voz había logrado mejor contrata:

¡Oh, mia Selika,  
yo t'adoro!

Su voz, mimosa y ardiente, resonaba entre las paredes del hotel, silencioso como una caricia. Lulú, convertida en Selika, desfallecía... Cuando el tenor quiso marcharse, la joven dijo:

—Las noches me pertenecen; ven cuando quieras. Sólo te impongo una pequeña condición.

—¿Cuál?

—Que traigas siempre el traje de Vasco.

—¿Para cantar el dúo?

—Sí; con ese disfraz no podría resistirte nunca.

Pero aquel capricho era tan ridículo, que Carlos, desencantado repentinamente de su Selika, no ha vuelto a verla.

Eduardo ZAMACOIS



LOLA MEMBRIVES,  
actriz eminente que actúa en el teatro Beatriz.

## LA OPINIÓN DEL BATURRO

### I

En un pueblo de la sierra de Aragón, pasó un verano en casa de unos amigos un guitarrista afamado, que en aquel pueblo buscaba de sus fatigas descanso, después de haber recorrido medio mundo entusiasmado a españoles y a extranjeros con la guitarra en la mano.

Pronto en el pueblo se supo quién era el recién llegado, y los baturros, al verle con su tipo aristocrático, bien vestido, con alhajas, siempre con el puro habano, y al pensar en que esos lujos los sacaba del guitarrero, cada vez que le encontraban se quedaban admirados.

En Aragón todos tocan la guitarra, y no es extraño que aquellas gentes sencillas tuvieran por caso raro que, con esa habilidad, pudiera ningún cristiano ganar laureles a espuestas y billetes a puñados.

### II

Hubo una tormenta un día, que casi arrasó los campos, y, en poco tiempo, el pedrisco, el viento, el agua y los rayos, a unos cuantos labradores les dejaron arruinados.

Causó impresión la desgracia, y todos se preocuparon en el pueblo de aliviar a los más perjudicados. Y aunque prometió el ministro cuando le habló el diputado estudiar la mejor forma de solucionar el caso buscando en los presupuestos recursos extraordinarios, los del pueblo de mi historia, muy acertadamente, pensaron que el auxilio del Gobierno no era más que problemático, y trataron de buscar recursos más inmediatos.

Se organizó una velada en el Casino, y, es claro, pidieron al guitarrista que prestara su trabajo, que sería, de seguro, la atracción del espectáculo. El artista, complaciente, se ofreció por de contado a tomar parte en la fiesta, interrumpiendo el descanso, y se comentó en el pueblo favorablemente el rasgo.

### III

Llegó el día de la fiesta; el salón engalanado del Casino rebotaba por todos cuatro costados de gente; sobre un templete que, a manera de escenario, se levantaba en el fondo, comó asiento el afamado guitarrista de mi cuento con su guitarra en la mano.

Se hizo un silencio profundo, y el dúo del tercer acto de *Aida* tocó el artista con un arte soberano; pero al terminar el número no se escuchó ni un aplauso, y sufrió el ejecutante un terrible desencanto.

Queriendo hacer otra prueba, tocó el preludio de *Fausto* como nunca lo tocara. Y fué el mismo resultado: caras largas, cuchicheos, una tos de vez en cuando, un sombrero que se cae, y luego un silencio largo. Como final de programa, y ya bastante amoscado, tocó nuestro hombre la jota de *La Dolores*; y en cuanto que se hizo cargo aquel público de lo que estaba escuchando, varió de fisonomía, y el rostro patibulario, que tuviera poco antes, se volvió risueño y plácido.

### IV

Al terminarse la jota, el público, entusiasmado, de pie, sobre sus asientos, ahogaba con sus aplausos y con sus vivas las notas que aún llenaban el espacio y que el corazón del pueblo

con sus ecos despertaron.

Cuando el artista a su público saludaba emocionado, un baturro, con los ojos húmedos aún por el llanto, se abrió paso entre la gente, subió al templete de un salto, se puso junto al artista, se dió un apretón de manos y le dijo estas palabras con el mayor entusiasmo:

«¡Bravo, mañico!; se ve que manejas el guitarrero; cuando has tocao la jota sonaba como un piano; pero pa templar, ¡remoñol, ¡qué trabajo ti ha costao!»

Antonio LÓPEZ MONÍS

## NUESTRO CONCURSO

Queda abierto un concurso para la publicación de cuentos y poesías de carácter festivo, y otro de historietas y caricaturas, con premios de 50 y 100 pesetas.

Aquellos originales que sean aceptados, se publicarán con la firma de su autor, y el público sancionará con su voto los trabajos que sean acreedores al premio. A este efecto insertaremos oportunamente el boletín de votación, y los que obtengan mayoría de votos serán los premiados.

Con que animarse y a por las ¡100 leandras!



SERVICIO, 0,10

¡No es justo, señor...! Yo no he comido más que cinco de tomates.



¿Por qué me habrá «llamao» cuadrúpedo?

## ¡NO SUEÑES, LUCILA!

*Para esas niñas que en la Castellana  
pasean su garbo toda la mañana,  
y para esas otras, ricas de ilusiones,  
que todas las tardes llenan los salones.*

Que tú eres hermosa jamás lo he dudado;  
que tienes mil gracias, bien claro se ve;  
que piensas casarte con un potentado  
tampoco lo dudo, que ha tiempo lo sé.

Mas cuenta, Lucila, que el siglo en que vives  
no admite consorcio que no sea igual,  
si no tienes oro no importa que *prives*:  
no hay otra belleza que la del metal.

El oro en el día convierte en hermoso  
al negro hotentote de piel de *baúl* (1),  
el oro al malvado convierte en virtuoso  
y cambia la sangre de roja en azul.

Al sabio, si es pobre, le niegan talento;  
al tonto, si es rico, talento le dan;  
el joven sin *cuartos* es cursi esperpento;  
el viejo con ellos gracioso galán.

Y que esto no es falso lo sabes, Lucila,  
que tú misma eres la prueba más fiel;  
pues sólo detienes tu errante pupila  
en hombres que cuentan dinero a granel

(1) ¡Fuerza del consonante, a lo que obligas!

No importa que sean más feo que Picio,  
no importa que tengan un ruin corazón,  
no importa que vivan esclavos del vicio  
si el oro les brinda con su protección.

Y todos se admiran al ver tu belleza,  
lo mismo el mancebo que el viejo senil;  
mas nadie te ofrece su mano y riqueza,  
que hoy día la boda sólo es mercantil.

Pasaron los tiempo que el ciego Cupido  
unía dos seres al pie del altar;  
hoy nadie se casa de amores rendido,  
hoy sale a subasta quien quiere casar.

Hoy valen muy poco virtud y hermosura,  
que son relegadas a olvido cruel:  
por esas dos cosas iuguno se apura,  
hoy hacen las bodas dinero o papel.

Ya ves que las *chicas* igual que los *chicos*  
no piensan en bodas de tiempos atrás;  
por eso, si miras no más que a los ricos,  
¡no espero que encuentres marido jamás!

José SANZ Y DÍAZ



—Oye, Baldomero, echa una mano a la polvera,  
te se me ha caído.



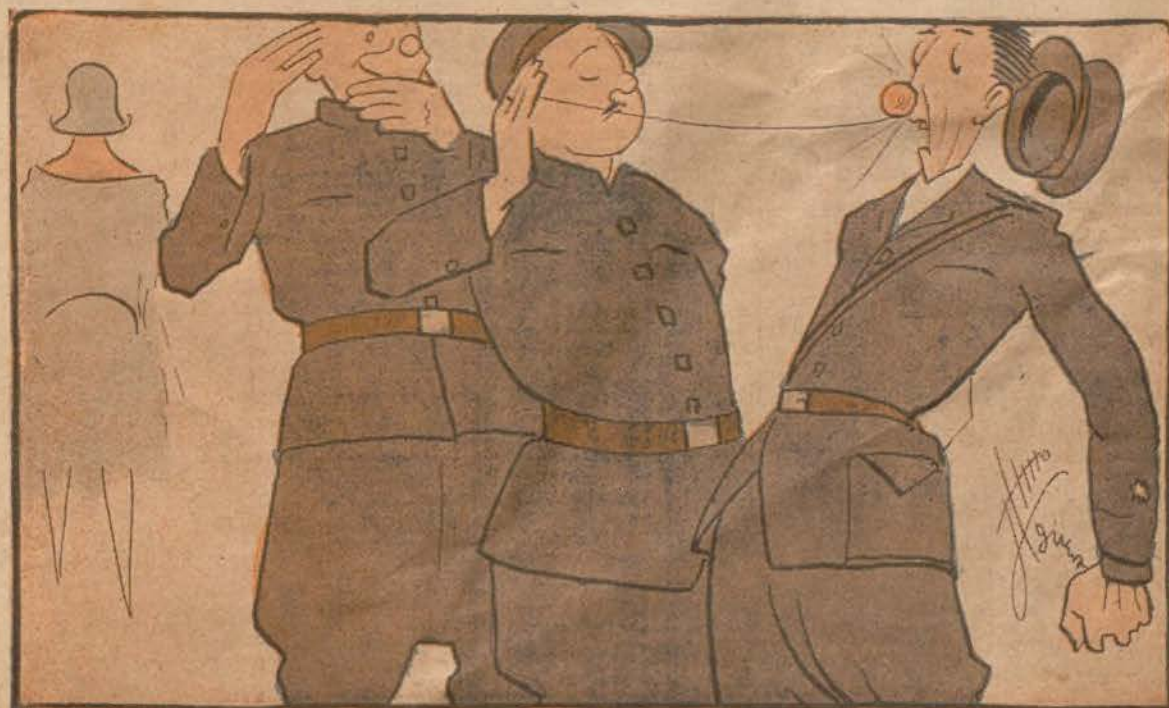




YO-YO ACCIDENTE, *por Almoguera*



*Con este juguete tan divertido, voy a dar el golpe.,*



*¡No lo decía yo... yo...!*

¡CÓRCHOLIS CON LA INGENUIDAD!



**P**ILITA Pérez era, hace años, damita joven en uno de los primeros teatros de esta capital. Pilita tenía todas las condiciones físicas, morales e inmorales de la perfecta «ingenua».

Menudita, pero no tanto que le faltara donde caer en blando y donde se fijaran los ojos varoniles durante esas escenas de alta comedia que obligan a mover el pecho a las actrices como indicando que están emocionadas.

Además, decía las mayores enormidades de un modo pueril, candoroso. Por todo lo cual los actores la mimaban, ella le mimaba al empresario cuanto éste tenía de mimable, y la mamá de Pilita Pérez coleccionaba billetes de cinco duros, como pudiera coleccionar sellos de correo para redimir cautivos.

En el teatro todos sabían de memoria las ingenuidades de Pilita. Era de las que, durante el ensayo, en cuanto sentía un hombre detrás de sí llevaba también detrás las manos en esa actitud cándida que ponen las actrices en cuanto cogen un papel de chico. Esta costumbre de la «ingenua» dió lugar a varios incidentes muy divertidos. Una vez, el que se puso detrás, era el marido de la característica, sin fijarse en que su mujer estaba delante de Pilita y lo veía todo. ¡Se armó un escándalo de padre y muy señor mío!

Otra vez fué a un galán joven al que le tocó la suerte de estar detrás de Pilita. Pero le vió el empresario, e inmediatamente le mandó a pasear la calle de Sevilla.

El galán joven explicaba su desgracia con este acertijo (entonces estaban muy en moda los acertijos, colmos y otras tonterías inofensivas):

—¿A que no saben ustedes en qué me parezco yo

a nuestro padre Adán? ¿No lo aciertan? ¿Se dan por vencidos? Pues, en que a nuestro padre Adán lo echaron del Paraíso y a mí del escenario, casi por la misma fruta.

Pero volviendo a nuestra «ingenua», es el caso, que un inglés, profesor de no recuerdo qué Academia de lenguas vivas, próxima al teatro donde actuaba la «ingenua»; se enamoró de ella.

Le seducía aquel aire infantil, aquella voccecita dulce, mimosa, aquellos ojos tan abiertos, de inocencia y de asombro ante las cosas más enormes que decía su boquita menuda, que parecía no haber comido nunca un plátano.

El inglés puso los puntos sobre las íes, convidó varias noches a ella y a la mamá a cuanto quisieron tomar y, finalmente, puestos de acuerdo respecto del cambio de libras a pesetas, Pilita Pérez se decidió a perder dos horas escuchando la lectura de un drama que el inglés aseguraba tendría más de cuatro actos.

Claro es, que la lectura había de ser con todo el misterio y alejamiento mundanal propio de estos menesteres teatrales, y que el pago había de ser por adelantado.

Pero, apenas quedaron solos, el inglés se convenció de que la «ingenua» tenía sobradas condiciones, incluso para ser característica, por el desenfadado y la falta de candidez que mostró aun antes de que el británico autor empezara a leer el reparto de los personajes.

Nuestro hombre se indignó todo lo correctamente que pueda indignarse un inglés, y exclamó:

—Mí no querer que usted estrene la obra. A mí no servir su «ingenuidad». Osté devolverme las doscientas pesetas y mí tomar la puerta.

A lo cual, Pilita, con la más picaresca de sus sonrisas, replicó:

—Usted puede tomar la puerta si le parece oportuno. Pero las doscientas pesetas no las vuelve a ver más. En el teatro, despues de levantarse el telón no se devuelve el dinero.

GALANTUHOMO

NOTAS CÓMICAS



—Le hago á usted daño?  
—No señor, es que me rechinan los dientes en el rinde de la sierra



—Pero qué es esto, mozo, ¿no están abiertas las ostras?  
—No, señor, los domingos están cerradas todo el día

## DE MI MEMORANDA ESTUDIANTIL



Se acercaba la Pascua de Navidad, fecha fatídica, cruel efeméride para el infeliz besugo que sucumbe sin la menor protesta, a pesar de ser uno de los individuos con más agallas que cruzan los mares; se acercaban los solemnes días en los que otra víctima no menos candorosa, el pavo, inmola sus bien cebadas carnes en honor del hombre, que después de estar durante un año prodigándole atenciones solícitas, le sacrifica en el altar de su gula, y tres modestos estudiantes de la Facultad de Medicina discurrían mil cábalas para salir de formidables apuros de dinero en época tan tentadora de apetitos.

La mensualidad que habíamos recibido de nuestras respectivas casas era ya un piadoso recordatorio y precisaba a todo trance agenciarse dinero.

¿Pero cómo?

¡Creo el problema... morrocotudo!

A vuelta de discurrir proyectos, Arturo, que siempre era de los tres, el hombre de las soluciones, dióse una fuerte palmada en la frente y exclamó:

—¡Estamos salvados! ¡Yo estoy enfermo!

—¿Cómo? ¿De qué?

—Veréis. Yo me finjo malo. Escribir a mi buen tío pintándole con negros colores mi dolencia, la gravedad de mi situación, lo que cuesta el tratamiento facultativo, y mi tío, que ocupa el número uno en el escalafón de las buenas personas, vendrá inmediatamente.

—¡Magnífica idea! Pues mano a la obra; venga pluma y tintero... «Querido tío...»

—No, hombre, que no es tío vuestro.

—¡Ah!, es verdad. Bueno. Pues... «Respetable Sr. D. Eleuterio...» ¡Mira que Eleuterio! Hay nombres que deben de ponerse a fuerza de recomendaciones. Ea, ya está servido. Ahora, sin perder un minuto, al correo.

Se acordó que durante el tiempo que tardase en llegar don Eleuterio, Arturo comiera lo menos posible, para que adquiriese cierta palidez interesante, a lo que se resistió nuestro amigo, que encontraba excesiva la prueba.

Como fundadamente esperábamos, a los dos días recibimos un telegrama que decía: *Salgo primer tren.—Eleuterio.*

—¡Ya está aquí! No hay que perder un minuto.

—A la patrona—dijo Arturo—hay que advertirle que siempre que entre en la habitación hable en voz baja y ande de puntillas.

—A mí—exclamó Pepe—dejadme el papel de médico. ¡Veréis con qué autoridad receto! ¡Ah!, ¿qué enfermedad es más de tu agrado?

—Yo creo que una congestión pulmonar...

—Justo, congestión, sangre, mucha sangre.

—Tú, Pepe, tapa esa ventana como en *La Bohemia*; le diremos al tío que el sol le hace mucho daño; después de todo, te levantas siempre de noche; aquí la escupidera; hay que verter un poco de agua y vino. Yo le diré a tu tío que son los esputos.

Golpe de campanilla. Arturo, sin darle tiempo a prepararse, se zambulle en la cama vestido y todo.

—¿Dónde está? ¿Dónde está esa criatura?

—¡Chist!—advierte Pepe al tío que tan bruscamente hizo su presentación a escena.—¡Más bajo! Una emoción fuerte puede costarle la vida!

—¿Pero tan malo está?

—Mi deber es decir la verdad. Se encuentra abatidísimo.

—¡Un muchacho tan fuerte, tan sano!

Esa es la vida, amigo mío. Hoy es la tercera visita que le hago. ¡Mire usted, mire usted los esputos!

—Hombre, sí que tienen un color alarmante.

—Vamos, anímese. Aquí tiene a su tío por el que ha suspirado tanto.

Arturo hizo ademán de incorporarse; pero recordando Pepe que estaba vestido, dijo apresuradamente:

—No, eso no. Nada de sacarme las manos fuera. ¡Quietecito!

Don Eleuterio, ya del todo convencido, llamó aparte al médico y le preguntó:

—En confianza; usted, por lo que se ve, se toma especial cuidado por mi sobrino; pero como supongo que no andará muy sobrado de dinero, le participo que por ello no ponga reparo, yo corró con todo, y por dinero no lo deje.

—De perlas, celebro su cariñoso ofrecimiento, porque ya sabe usted que cuando escasean los recursos los médicos no podemos recetar ciertos medicamentos que son caros. Por lo pronto, para que respire con desahogo, habrá que traer unos cuantos balones de oxígeno: unas cuatrocientas pesetas.

—¡Hombre, tan caro! Yo tengo idea...

Sé lo que va usted a decirme. Pero el aire, con esto de los aeroplanos está por las nubes y mucho más; cuando el oxígeno es francés, éste cuesta más caro.

—Bien, lo que usted diga. Ahí van quivientas pesetas.

—Señor, sois el *non plus* de los tíos.

Don Eleuterio se despidió para volver en cuanto despachara unos asuntos, y apenas había hecho mutis por el foro, cuando Arturo saltó de la cama y empezó a gritar: ¡Viva la juerga! ¡Viva la emancipación! ¡Vivan los tíos históricos!

Don Eleuterio, al que se le había olvidado el paraguas, se quedó sorprendido al volver y encontrar al pariente y a los dos amigos en pleno *libertinaje y escándalo*.

—¡Muy bien! ¡Muy bien—dijo—, ya veo que el enfermo hace prodigios.

—¡Cómo se entiende!—dijo Pepe rehaciéndose de la sorpresa.—¡A la cama inmediatamente! ¡A la cama he dicho! ¡Ay, no sabe usted qué rato nos ha dado; quería matarse, tirarse por el balcón! ¡Un horror, don Eleuterio, un horror!

El tío se hizo cargo rápidamente de la combinación, y llamando aparte a Pepe, le dijo:

—¿No le parece a usted que en vez del oxígeno traigan una botella de Champagne y unos fiambres?

—Sin embargo...

—Y el resto para pagar a la patrona. ¿Hace? ¿Soy o no soy un tío con toda la barba?

Resonó un vibrante ¡viva don Eleuterio!, que estremeció la casa. Algunos años han pasado desde entonces, pero ninguno de mejores recuerdos.

En el troquel de las familias no se acuñan ya tíos como don Eleuterio.

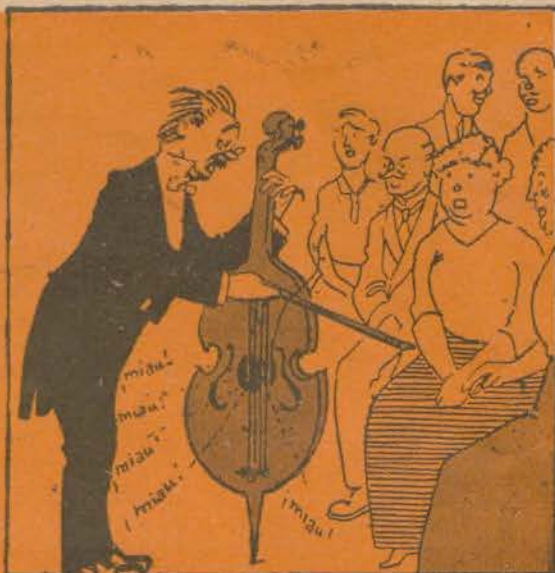
Luis GABALDÓN

EL TELÉFONO DE ESTA  
REVISTA ES EL 17.066

BROMAS DE JUANITO, por DONAZ



1. Juanito, para gastar una broma al músico que va a dar un concierto en su casa, mete unos gatitos en el «violoncello».



2. Con gran sorpresa del auditorio, al afinar el instrumento, se oyen agudos maullidos.



3. A los que acude furiosa la madre de los gatitos, que se tira al pobre músico.



4. Pero bien pronto recibe Juanito, del irri-tado músico, el castigo por su jugarreta.

COMERSE LOS LIBROS

I

«Querido padre: Llegué bueno y me matriculé pensando en lo que me dijo: —Estudia este año con fe, ¡cómete los libros, hijo!

— ¡Mira que me fui gastando cuanto te dijó tu madre!... ¡Mi, a que me estás matando!... y me eché a llorar, pensando en mi pobrecio padre.

Este año no hago diabluras. Ni amorfos, ni locuras. Lo que es el año presente sacó yo sobresaliente en las cinco asignaturas.

¡Sí, señor! ¡Basta de hacer el burro! No soy tan romo, y poquito he de poder, o los libros me los como... ¡No me los he de comer!

No quiero perder ni un día. Basta de gandnería: ¡Para Junio apruebo el sexto!..., y compro en la librería todos los libros de texto.

Yo a mi padre no le engaño, que al fin no es ningún extraño. ¡Aunque me causa molestia, me voy a pasar el año estudiando como un bestia.

A los libros me agarré,  
y tanto tanto estudié,  
que su mandato he cumplido,  
y los libros me he comido...  
¡Nada, que me los tragué!

Están de manosearlos,  
que da vergüenza mirarlos,  
y, como estudiar deseo,  
mande a vuelta de correo,  
dinero para comprarlos.

Hice lo que usted me dijo.  
y los libros me comí.  
¡Se alegrará usted de fijo,  
y contestará por ahí  
lo obediente que es su hijo!

II

«Mi Telesforo querido:  
Tu cartita he recibido  
y, Dios te aumente las ganas,  
pues veo que te has comido  
los libros en tres semanas.

Afán tan devorador  
no ha llegado a entermecerme:  
¡Yo estoy bastante peor,  
porque tendré que comerme  
las mulas de la labor!

Tu tía tiene un caudal,  
conque, a tu tía María  
con ese cuento inmoral,  
y, ¡¡anda y que te dé tu tía  
para libros, so morral!!

J. JOTAVE

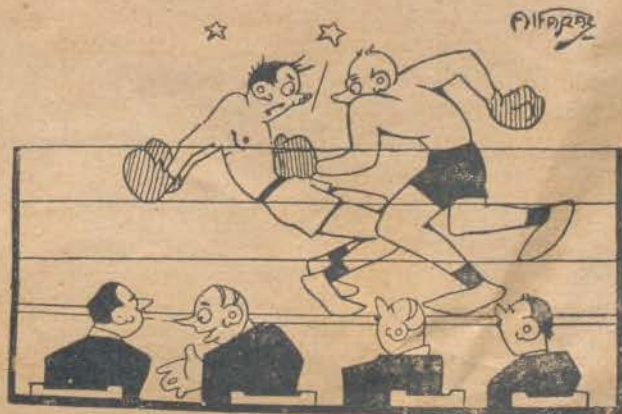


COSAS DE GEDEONCITO

—Siempre me acuerdo del cuento del burro  
que me contó usted.

—¿Tanta gracia te hizo?

—Muchísima..., y siempre que veo un burro,  
me acuerdo de usted.



—¿Conque dice usted que el más joven es  
clerical y perito agrónomo?

—¡Naturalmente! Por eso, todos los golpes  
que el otro le dirige son al «peritoneo».

EXPLICACIÓN LÓGICA

—Veamos, Periquito. ¿Por qué es salada el agua  
del mar?

—¡Toma! Porque dentro hay mucho bacalao.



—¿Por qué te abrigarás tanto, si no tienes catarro?

—Porque lo debo tener sin darme cuenta. «¡Tó» el  
mundo «mice» que soy un «pasmao»!

## EL POBRE DE LA GUITARRA

AL llegar a la esquina de la calle me detuve para dar, como siempre, limosna a aquel viejecillo ciego que, recostado en la pared y cubierto con una capa rafa y llena de agujeros, rasgueaba las cuerdas de una mugrienta guitarra, dando al aire las desfiguradas notas del *couplet* más en boga.

Acompañábame aquel día uno de mis mejores amigos, y al observar mi modesta acción caritativa, tocándome en el hombro me dijo:

—Pero ¿no conoces a ese pobre?

—No—respondíle.

—Pues ahí donde le ves, mísero y harapiento, con las órbitas descarnadas, los pómulos salientes y el rostro pálido, ha sido, cuando nosotros empezábamos a ser hombres, un poderoso, casi un tirano.

Y como yo pareciese dudar de las observaciones de mi amigo, éste me refirió lo que sigue:

—No hace aún treinta años que por esos mundos del arte corría en alas de la fama el nombre de Rudini, el tenor más notable y eminente de su época, y aun puede que haya transcurrido menos tiempo que pomposamente se anunciaba en el Teatro Real la primera presentación del privilegiado artista.

Acerca del pasado de Rudini nada se sabía; teníanle por italiano, según él afirmaba, y en la misma Scala de Milán, donde adquirió el renombre universal de que gozaba, se le tuvo como nacido en Nápoles.

El eminente artista era un extravagante, que hacía una vida reservada y metódica; de carácter muy huraño, pero de voluntad firme y decidida, imponíase a todos con un monosílabo o un gesto.

De triunfo en triunfo recorrió los primeros coliseos de Europa y estrenó no pocas óperas, siendo siempre el cantante de mejores facultades y de mejor escuela y el actor de más talento que jamás pisó el proscenio.

Así, a lo menos, lo aseguraban entonces,

La Empresa que a la sazón explotaba nuestro primer teatro lírico, deseosa de ofrecer a sus abonados un aliciente excepcional, contrató por cortísimo número de funciones, a Rudini; pero antes de lograr sus deseos el empresario, tuvo que vencer obstáculos inmensos. El artista italiano rehusaba a toda fuerza cantar en España. Se le ofreció más ventajosa contrata que



en ningún otro teatro; llegóse a aumentar su acostumbrada asignación hasta duplicarla y ascender a una cantidad entonces fabulosa; pero el tenor continuaba rehacio.

Ya se desconfiaba de oírle en Madrid, cuando el cantante accedió por fin a los insistentes ruegos de elevadísimas personas de la capital y debutó en el gran coliseo.

A la cuarta o quinta noche que se presentaba en escena Rudini, ocurrió un incidente que fué la comidilla del día en todos los corrillos del vestíbulo y el tema de las conversaciones en los Centros artísticos.

Aquella noche el eminente artista cantaba *La Favorita*, y los asiduos concurrentes al teatro observaron que el tenor miraba con gran insistencia a una de las plateas, y pronto asestaron sus gemelos algunos abonados, al palco objeto de la atención del artista.

¿Quién atraía de aquel modo la atención del cantante? ¿Quién creerás que le hacía separar sus ojos de la batuta del director para dirigirlos a la platea?

—Alguna mujer—contesté, sonriendo, a mi amigo.

—Tú lo has dicho—respondió mi interlocutor—. Pero una mujer de esas que cambian sus caricias por el oro; una mujer que, ataviada de joyas esplendentes y vestida de encajes y de seda, tenía en el fondo de su alma toda la miseria de los espíritus degenerados.

La mujer conocida por Rosina, que a la sazón gastaba coche y alardeaba de un lujo estrepitoso merced a la fortuna de un título de Castilla que se arruinaba por ella.

A medida que la obra avanzaba, las miradas que Rudini dirigía al palco platea se hacían más insistentes. El gran tenor comenzó a rozar algunas notas, su turbación aumentaba por momentos; cuando llegó al final, el público acogió con una frialdad nunca vista la última escena y abandonó silenciosamente el teatro.

¿Qué había pasado? ¿Qué ocurría para que el tenor preferido por todos los públicos, el del genial talento y maravillosa garganta, hubiera cantado tan medianamente? Pues ahora lo sabrás.

Rudini era español, y su verdadero nombre era Rodolfo Gómez; nació allá en un pueblecillo de Granada, y en él su primer amor fué Rosina, la moza más hermosa de la aldea. La muchacha le hizo traición y se vino a Madrid, donde dió principio a una

vida licenciosa de escándalos y disipación. Rodolfo, entre el suicidio y el azar, optó por este último, y abandonó el pueblo. Después de mil penalidades, llegó a ser el famoso Rudini. Pero éste había jurado no volver a España ni ver a su antigua novia, aquella ingrata que tan miserablemente le había engañado, y que la casualidad puso frente a sus ojos en un palco del teatro.

Aquella mujer, la protegida del título de Castilla, la mujer de moda, cuya presencia era en todas partes acogida con murmullos de admiración, ya que jamás lo fuese con murmullos de respeto; la que había logrado atar al carro triunfal de su belleza voluntades y fortunas, continuó indiferente su vida de escándalos y lujos.

En su alma no quedaba ni siquiera el recuerdo de aquellos plácidos amores, puros y sencillos, mantenidos en la escondida aldea, allá donde no había más alfombras que el césped de la campiña, ni más doseles que el cielo esplendoroso, ni más galas ni brocados que el modesto vestidillo de sarga que se lucía en los días que repicaban gordo.

Rosina, cuando bajó el telón y pudo pensar con su cabecita de pájaro, que ella y sólo ella había logrado con una mirada de sus rasgados ojos destruir para siempre, reduciéndole a polvo, el firme pedestal en que se asentaba la fama del artista, apenas se estremeció, ni uno de sus músculos se contrajo, ni la tersa piel de su cara marcó el más débil de los gestos; mucho menos asomaría una lágrima en sus pupilas...

Aquel pasado amor no habla a su corazón



de coqueta de tiempos más felices ni de dichas más ciertas; ¡aún era pronto! Ni siquiera se tomó el trabajo de recordarlo. Así salió del palco, como todas las noches, alegre, sonriente, casi gozosa, sintiendo, sin saber por qué, sin darse cuenta de ello, un extraño y misterioso placer que la hacía repartir los saludos y las sonrisas con más alegría que otras veces.

Rosina, deslumbradora de hermosura, cruzó el amplio vestíbulo del teatro del brazo de su protector, y satisfecha más que nunca de haber despertado aquella noche la curiosidad de sus amigos, subió al carruaje que le aguardaba a la puerta, pensando que si era cierto lo que ella adivinaba, su belleza podía contar desde aquel día con un nuevo triunfo y una víctima más; acaso con un nuevo atractivo de segura explotación...

—Y dime — pregunté a mi amigo —: ¿y el epílogo de tu historia? Porque ese mendigo...

—El Rudini de mi narración cambió de vida; perdió la voz en bacanales y orgías; derrochó su fortuna, y ahí le tienes esperando el hospital o el asilo que haya de cobijarle.

—¡Es horrible!

—Pues sí, amigo mío; eso ocurre siempre a quien no tiene el ánimo esforzado para soportar las penas de la vida—. Y luego añadió sentenciosamente: —¡Tal vez sus ojos, hoy privados para siempre de la luz, quedaron enjutos y secos a fuerza de lágrimas!

Manuel de A. TOLOSA

## DESDE EL PRÓXIMO NÚMERO PUBLICAREMOS UNA INTERESANTE INFORMACIÓN TEATRAL

### REGALO DE 100.000 PESETAS

Para tomar parte en nuestros concursos de la Lotería Nacional es preciso sólo llenar debidamente el adjunto cupón y remitirle a nuestras Oficinas, Preciados, 17, entresuelo, franqueando con un sello de 2 céntimos los de provincias y con 5 céntimos los de Madrid, ambos en carta abierta; pudiendo enviarnos cada lector cuantos cupones quiera.

Aquel de nuestros lectores que indique (o se aproxime) al número premiado en el sorteo del día 21 de Noviembre próximo, recibirá un billete entero de la Lotería Nacional para el sorteo del día 1 de Diciembre próximo, con el que, en caso afortunado, percibirá las 100.000 pesetas. Si fueran

más de uno los que indiquen el número, se sorteará entre ellos el billete.

*El premio mayor de la Lotería Nacional, correspondiente al día 21 de Noviembre de 1932, será el*

Número \_\_\_\_\_

Firma. \_\_\_\_\_

Domicilio: \_\_\_\_\_

No se admiten con enmienda ni raspadura.

## SASTRERIA **PEREZ**

CASA CENTRAL  
**San Bernardo, 13 y 15.**  
(Calle de San Bernardo - Gran Vía.)  
TEL. 19621

SUCURSALES  
**León, 28.**      **Toledo, 93.**  
Tel. 95022      Tel. 22222



**EL SASTRE MADRILEÑO DE MODA**

Arte, Elegancia, Distinción,  
:-: Línea, Novedad :-:

Despacho de COMPRA - VENTA  
**HIPOTECA DE FINCAS**

**DIEGO NUÑEZ**  
AGENTE COLEGIADO

**Alcalá, 186 - Madrid**  
Teléfono 50267  
Apartado 9007



## GRIFÉ ESCODA MIRABET S. L.

CENTRAL:  
Fernando, 36 y 38, Teléfono 13184 - BARCELONA

SUCURSALES:  
Morera, 11, Tel. 13255 y Llano Boquería, 5, Tel. 23771  
MADRID: Alcalá, 30 Teléfono 10573

CUBIERTOS - ORFEBRERIA - VAJILLAS  
CRISTALERÍAS - MUEBLES - OBJETOS  
PARA REGALOS - ARTICULOS PARA  
HOTELES - CAFÉS - RESTAURANTS  
COLEGIOS - CÍAS DE NAVEGACIÓN

**LOS ESTABLECIMIENTOS MAS IMPORTANTES DE ESPAÑA**

PARA ANUNCIOS EN ESTE PERIÓDICO, DIRÍJANSE A LA  
ADMINISTRACIÓN: PRECIADOS, 17, TELÉFONO 17.066

Gráficas Madrileñas, Encarnación, 2.